

mar que no está quieto ni agitado; moviase, la entrada en años, como esas palmeras levemente rozadas por la brisa con un pausado estilo que acusaba el más entrañable adueñamiento de sí misma, en modos de los anchos ríos ya entrados en las llanuras, graves y magníficos, pero a la vez sonriendo en las mínimas olas que ponen un nervio fino sobre la pausada fluidez y el ancho impulso. Y hablaba siempre en habla humana, mojado las palabras en un ólec de fervor, más cerca del alma que del oído, con voz que disminuía la música sin poder evitar la gracia de la melodía interior.

Tal la Gabriela que yo vi y contemplé en tres ocasiones, en tres edades, pero con una continuidad fundamental de la imagen, que se avenía y armonizaba, sobre los cambios del tiempo vivido, con la firmeza y la energía con que son trazados los grandes seres.

Se diría que los temas de Gabriela van a su encuentro, la buscan para crearse en ella. No hay por su parte una persecución, una cacería de motivos, sino una colisión, un choque, una sonoridad inevitable, y una mano casi inconsciente que los traslada, pulsantes, a la perennidad de las letras. La realidad exterior se le impone en cuanto rompe la soledad interior y ausculta la pródiga madre tierra. Árboles, montañas, ríos, ciudades y campos, cordilleras, vientos, olas, animales múltiples, niños, jóvenes, viejos, países, cielos, nubes, más los conflictos, más los episodios, todo cuanto existe u ocurre golpea en su alma diciéndole: —¡cántame!— Pero como su amor y su impulso son universales, se vierte a la vez en ellos, y crea el gran acorde en una fusión de melodías que le llegan del mundo y la invaden por mil puertas sensibles, y de inmediato la fluye y la integra a su íntima musicalidad como si siempre tuviese una nota suya para cada sonido del día y de la noche. El poeta es una expresión de todo lo que la humanidad vive, aunque permanezca inmanifestado bajo los velos del silencio. Desde ese punto de vista, la naturaleza es un paradójal canto mudo, una armonía esencializada que no puede brotar de su esfinge hasta que golpea en el pecho del poeta, y es entonces que éste le da su voz a lo inaudito. Pero el poeta no es un receptor indiferente y mucho menos en el caso de Gabriela Mistral, cuyo ser entero es una integridad y una participación. Cuanto más lírico, cuanto más personal y entrañable es el creador del canto, más cobra su parte al divino y a veces doloroso trabajo del poema, y sobre los temas

universales de por sí indiferenciados, hunde el sello de su personalidad, se pone él mismo, en bronce rojo, sobre la identidad de cada elemento que lo invade y le suscita la emoción. El hombre y más el artista, es carácter, individualidad, soledad profunda. Todo cuanto toca se hace él, cosa de él. Cada poeta posee una tierra y un cielo suyos, aunque se trate del cielo y de la tierra de todos. Y en esta imperiosa posesión, en este realce de la personalidad, en esta identificación de lo objetivo y lo subjetivo, radica el poderío y el señoreo de Gabriela Mistral. Vela sobre el torrente del universo que le penetra los sentidos, y a medida que el torrente la penetra con una apasionada nupcialidad, ella lo trasmuta, lo arranca del lecho homogéneo, lo impregna de su sangre y le trasmite sus propias coloraciones y sus arcanas sonoridades. Y ese canto estará infinitamente gabrielizado, impregnado de sus ácidos mordentes y de sus mieles ambrosianas.

Todo poeta de verdad se realiza a sí mismo en su obra. En grado mayor o menor, en una tensa plenitud o en una extasiada delicadeza, sus formas interiores y sus esencias entrañables, pasan del dinamismo espiritual a las cavidades espirituales de la palabra, y éstas se organizan en belleza, a la manera que la savia fluida crea el tronco, la rama, la flor, el fruto. En Gabriela, como en pocos poetas, es imposible desunir el poeta de la mujer, y este potencial humano le concede un dominio de simpatía en quien la lee y la recibe en la marejada de sus versos. Poeta y mujer están en haz como el nervio y la vibración, como la sangre y el ritmo del pulso. En el roble todo es savia, porque ella es su alimento. En Gabriela todo es vida y verbo vital, porque se alimenta a sí misma, y de ahí la sinceridad que llega a desgarrarnos en sus momentos trágicos, y esa

Lic. Aníbal Arias R.
 Abogado y Notario
 San José, Costa Rica
 Apartado 2352

plenitud flamígera de sus momentos de afirmación y entusiasmo. ¿Cuántas veces recurre en sus cantos, para enfrentarnos a su creación, a la palabra "herida"? Y es que la herida, al dar paso a la sangre, es un vertimiento de vitalidad, es lo más íntimo de la existencia orgánica que se manifiesta en una fuente roja y cálida. Fuego interior que se desborda hacia el mundo!

Tal vez por haber tomado, como en inocencia sublime, esa lírica emanación de sí misma y trasmutarla en canto, ni siquiera se preocupó de publicar por sí misma sus libros. "Desolación" le fue exigida desde los Estados Unidos a fin de editar su primer volumen de poemas y algo semejante le ocurrió con "Tala". En ella había siempre una gracia natural, un modo de generosidad y desprendimiento que sólo lo tiene la tierra creadora. Como si dijéramos, el dón de verte por el disfrute y el imperativo de ese mismo dón. Un desapego que no la esclavizaba del egoísmo ni de la egolatría, que a veces inferiorizan la riqueza del artista. Ella podría preguntarse: y a fin de cuentas, ¿dónde están impresos los cantos del mar, en que pentagramas consignan sus notas la sinfonía de la selva, dónde leer, sino junto a la catarata misma, su colosal monólogo? Y sin embargo, selva, catarata, mar, jamás callan, y cumplen, sin orgullo ni ostentación sus sonoros destinos. Y así fue la saudade poética de Gabriela.

Digamos ahora, por otra parte, que la fe es una para cada creyente, pero en cambio, el espíritu universalmente reli-